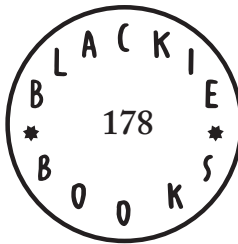


**ALASTAIR BONNETT**

## **El mapa de las islas**

**Un viaje fascinante a las islas más misteriosas,  
terroríficas y paradisíacas**



Traducción de Pablo Álvarez Ellacuría

Título original: *The Age of Islands. In Search of New and Disappearing Islands*

Diseño de colección y cubierta: Setanta

[www.setanta.es](http://www.setanta.es)

© de la fotografía del autor: Louis Holland

© de la ilustración de cubierta: Ignasi Font

© del texto y las ilustraciones: Alastair Bonnett, 2020

© de la traducción: Pablo Álvarez Ellacuría, 2022

© de la edición: Blackie Books S.L.U.

Calle Església, 4-10

08024 Barcelona

[www.blackiebooks.org](http://www.blackiebooks.org)

[info@blackiebooks.org](mailto:info@blackiebooks.org)

Maquetación: David Anglès

Impresión: Liberdúplex

Impreso en España

Primera edición: mayo de 2022

ISBN: 978-84-19172-10-5

Depósito legal: B 5114-2022

Todos los derechos están reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

# Índice

Prefacio a la edición española	xi
Introducción	I
Primera parte: Ascenso	
Por qué construimos islas	17
Flevopolder (Países Bajos)	42
The World (Dubái)	54
Isla Aeroportuaria de Chek Lap Kok (Hong Kong)	64
Arrecife Fiery Cross (mar del Sur de China)	75
Isla Fénix (China)	79
Ocean Reef (Panamá)	89
Otras nuevas islas; naturales, no observadas y accidentales	101
Hunga Tonga-Hunga Ha'apai (Tonga)	112
Las islas accidentales del lago Kavicsos (Hungría)	123
Las islas de basura	131

## Segunda parte: Desaparición

Islas que desaparecen	145
Islas de San Blas (Guna Yala, Panamá)	156
Tongatapu y Fafa (Tonga)	167
Islas Sorlingas (Reino Unido)	178

## Tercera parte: El futuro

Las islas del futuro	191
Seasteading	196
Isla interconectora de Dogger Bank (mar del Norte)	201
East Lantau Metropolis (Hong Kong)	205
¿El final? No	211
Agradecimientos	217
Bibliografía	219
Índice temático	223

## Prefacio a la edición española

Siempre he querido escaparme a una islita. Es un sueño, una fantasía que comparto con infinidad de personas. Ahora mismo se están construyendo islas frente a muchas costas, que nos permitirán a mí y a millones como yo convertirnos en esa raza tan especial, los isleños, que rechazan la vida en el continente por caótica, frenética y quizás hasta intimidante. Es una historia de amor, pero no al uso. Somos los que conscientemente vamos al encuentro de unas aguas cada vez más altas y de unas costas cada vez más inciertas, azotadas por tormentas que empeoran con cada año que pasa. Tanto da. El éxodo continúa; las islas mantienen su atractivo; son la oportunidad de buscar refugio en algunos de los lugares más extraños del planeta, armados solo con las inquietas esperanzas de sus más extraños habitantes.

Hay islas nuevas para todos los gustos y sabores. Tenemos por un lado las islas artificiales, pero también están las creadas por la naturaleza. La islita ideal vive relajada en su letargo: nada sucede en ella. Ruido de mecedoras, largas siestas, bibliotecas que acumulan polvo... Y entonces, de improviso, llega el horror y todo cambia. Cuando intenté arribar en barca hasta ella, la isla volcánica de Hunga Tonga apenas acababa de formarse. Nunca podré volver, porque a comienzos de 2022 una

nueva erupción hizo que saltase por los aires. El tsunami resultante arrasó otra de las islas del Pacífico de las que os hablo en el libro, el minúsculo «paraíso insular» de Fafa.

«Paraíso.» He ahí una palabra que los habitantes de las islas pequeñas oyen a menudo. Pero es muy fácil perder el paraíso. A la mente me vienen ahora mismo dos edenos terrenales: La Palma y la isla de Buda, esta última de propiedad privada.

Un día aparecerán nuevas islas españolas a unos cuatrocientos kilómetros al oeste de La Palma, una zona en la que, bajo las aguas, retumban y crecen los volcanes. La vulcanología moderna no es capaz de marcar con exactitud la fecha en que las primeras rocas asomarán sobre las aguas: sus limitadísimas capacidades predictivas se lo impiden. Algo de eso saben en La Palma. La isla está en el mismo «punto caliente» que esos volcanes submarinos y son esas mismas fuerzas las que le dieron forma. En septiembre de 2021, miles de personas tuvieron que abandonar sus hogares, huyendo de la lengua de lava que bajaba desde el volcán Cumbre Vieja y que acabó formando una nueva península de más de 20 hectáreas. La Palma ha ido ganando territorio de esta forma durante siglos y, transcurridas unas pocas décadas, cuando el terror y la pérdida han remitido, esas adiciones acaban siendo para bien. Los sedimentos volcánicos, ricos en minerales, son muy beneficiosos para la flora y fauna marinas que va asentándose en torno a la ampliación de la plataforma costera. Por encima de las aguas, los nuevos campos son fértiles: las plantaciones más productivas de La Palma se extienden sobre los terrenos creados por la erupción de 1949.

La creación de isla también tiene beneficios geopolíticos. Fijémonos por ejemplo en el mar del Sur de China, donde China lleva algún tiempo transformando arrecifes remotos (muy alejados de sus aguas territoriales) en expansivas islas de hormigón. Cumplen una función de avanzadilla militar, pero sirven también para arrogarse nuevos espacios geográficos. Un país

puede reclamar como suyas doscientas millas náuticas de territorio económico exclusivo en torno a las islas, y algo parecido sucede con las plataformas submarinas. Cuando las montañas sumergidas al oeste de las Canarias asomen por fin a la superficie, la extensión de las aguas territoriales de España aumentará de forma considerable. No hace mucho estuvo a punto de suceder, aunque a menor escala. En 2011, un volcán submarino próximo a El Hierro creció hasta quedarse a menos de ochenta metros de la superficie. En el momento de la erupción, las islas volcánicas asoman sobre el mar negras y aterradoras, pero la naturaleza se adueña en muy poco tiempo de ellas, y sobre la roca crecen las hierbas y las aves construyen sus nidos. Y no mucho más tarde aparece siempre una bandera ondeando orgullosa al viento.

Las islas vienen y las islas se van, pero el cambio climático se las está arreglando para que cada vez haya más de esto último. En buena parte del mundo, las líneas costeras se están convirtiendo en fortificaciones con las que frenar el avance del mar. No es un espectáculo grato de ver. A nadie le parece que las imponentes barreras que rodean una porción considerable de Japón sean bonitas, y los nuevos contrafuertes de rocas e islas-barrera que van apareciendo en el litoral son una solución transitoria. Su construcción es cara, y también lo es su mantenimiento, porque después de cada tormenta toca reconstruirlos. Otra forma de abordar el problema es permitir la entrada del mar. Al hacerlo así se forman marismas salinas en terrenos que antes se cultivaban, algo que es bueno para las especies marinas pero, en un mundo con ocho mil millones de bocas que alimentar (y que hacia finales de siglo serán ya once mil), renunciar a tierras productivas es una maniobra arriesgada.

Esa es la batalla que se está librando en el delta del Ebro. «El mar nos ha declarado la guerra y la primera batalla la tenemos aquí», dice Guillermo Borés, portavoz de los agricultores de la

isla de Buda, en el delta del Ebro. La isla, de unas mil hectáreas de superficie y cinco kilómetros de largo, es la de mayor tamaño de toda Cataluña. Y como casi todas las islas planas, está desapareciendo. Las tormentas invernales le arrancan cada año enormes pedazos. Tampoco ayuda el hecho de que, corriente arriba, en el Ebro haya ciento ochenta y una presas: de resultados de ello, el río no desplaza sedimentos hacia la desembocadura y en el delta no se forman islas, la defensa natural contra las inundaciones. En 2020, la tormenta Gloria arrasó Buda, que se está convirtiendo en un fantasma anegado, una isla furtiva, hoy presente y mañana desaparecida. Los arrozales de Buda están sufriendo el mismo sino que los de Bangladesh, donde los agricultores han optado por plantar otras variedades de arroz más resistentes al agua salada y, para otras cosechas, por construir jardines flotantes hechos con paja y estiércol de vaca. Ante esta situación, es lógico que Borés reclame que el Gobierno refuerce las costas. Pero muchos ecologistas no están de acuerdo y preferirían que el Ebro recuperase un estado más natural.

A medida que unas islas desaparecen, otras se conjuran de la nada. Más al norte, frente a la costa de Barcelona, Karl Jacobi, candidato a la alcaldía de la capital catalana, defiende que lo que la ciudad necesita es una isla nueva. Según él, con ella se proporcionaría alojamiento a trescientas mil personas y se daría solución al problema de la vivienda en la ciudad. En buena parte de Europa, planes de ese tipo generan escepticismo. Parecen inimaginables. Y, sin embargo, islas así están brotando por todo el mundo. En Hong Kong se prevén ya enormes islas residenciales, que hacia 2031 empezarán a acoger a la avanzadilla del millón largo de personas que acabarán viviendo en ellas. Nunca falta gente deseosa de trasladarse a una de las nuevas islas periurbanas. Las vistas son preciosas, el sol baña de oro las aguas mansas y azules, se llega al centro de la ciudad en minutos... ¿Qué puede haber de malo en ellas?



Las nuevas islas son escenario de historias llenas de dramatismo, espacios donde habitan el consumismo desbocado y las esperanzas más descabelladas, pero también el desespero y el temor. Son perfectas, y por algún motivo que llevamos muy dentro, el mero hecho de estar en ellas nos provoca una intensa satisfacción. Y sin embargo, en casi todas las islas que he visitado, la gente siempre busca el horizonte con un gesto para indicarme que hay otra isla mucho mejor que debería visitar. El paraíso, no muy lejos, pero siempre un poquito más allá.



## Introducción

Vivimos en la edad de las islas. Se están construyendo islas a una escala y en unas cantidades nunca vistas hasta ahora. Pero también hay islas que desaparecen, sumergidas en la subida del nivel de los mares y disgregadas en archipiélagos. Lo que está pasando con las islas es uno de los grandes dramas de nuestro tiempo y se está dando en todas partes por igual: las islas emergen de las aguas o desaparecen bajo ellas tanto en el Pacífico Sur como en el Atlántico Norte. Es un ritmo extraño, hipnótico y al mismo tiempo aterrador: natural y antinatural. Y nuestras esperanzas y ansiedades se resienten de ello: el ascenso y caída de las islas es un fenómeno que nos afecta íntimamente, además de un espectáculo planetario. Me gustaría adentrarme en este nuevo territorio para sacar algo en claro sobre esa relación tan llena de vicisitudes, ese enamoramiento que mantenemos con las islas.

A continuación presento la historia de esa aventura. No será un viaje fácil. Y lo digo con conocimiento de causa, porque escribo estas líneas desde Nuku'alofa, la capital de Tonga, parsimoniosa y azotada por los elementos, y me siento tan cansado como cualquiera de los perros de ojos tristes que se tienden sobre el cálido asfalto de la calle. Esta misma mañana, el viento soplaba con una virulencia inesperada: muchas semanas atrás y

a varios miles de kilómetros de distancia, había contratado un pasaje para acercarme a una isla volcánica recientemente aparecida y todavía por bautizar, pero a quince kilómetros de la costa, el casco de la sorprendentemente diminuta lancha a motor que debía llevarme hasta ella empezó a dar planchazos sobre las aguas, cayendo a plomo contra las verdes hondonadas que se abrían entre ola y ola. «Hay que dar la vuelta», gritó el capitán, mientras la espuma de las olas corría por sus brazos y torso desnudos y hacía bailar desvaídos tatuajes de ballenas y delfines.

Y así es como me encuentro varado una vez más, whatsappeando a mis amigos y mi familia: «No he llegado a mi isla». 17.700 kilómetros recorridos para nada. Mañana, un ciclón azotará esta parcela del Pacífico y asumo que nunca llegaré hasta esa mota imposible que asoma en el horizonte.

«Mi isla.» Qué extraña fantasía. Así es como las islas se le van metiendo a uno dentro: se nos hincan bajo la piel como astillas de anhelo, territorios que se nos escaparon. Mientras la tormenta va ganando fuerza y empieza a descargar sus primeros goterones, me sirvo otro dedito de whisky e intento hacer memoria (no por primera vez) y recordar qué fue lo que me impulsó a emprender este largo y, muy a menudo, solitario viaje. Me acuerdo de una conversación, de pie en la cocina, con mi hija, tostada en ristre: diecisiete años de sabiduría, saber estar y displicencia. «El problema de base es que eres bobo —me dijo con una autoridad gélida, antes de añadir—: Lo único que vas a hacer es globalizar tu andropausia.» Pero a continuación me soltó, con una sonrisa irresistible: «¡Quiero ir contigo!». Otros fueron menos generosos y me miraron con suspicacia, conscientes de tener ante sí un triste aunque indefinido ejemplo de autoindulgencia postcolonial.

Aun así, seguir el rastro de estos puntos de cambio, desperdigados y todavía por cartografiar, me parece muy necesario. A menudo me desvelo de madrugada, obsesionado con algún

detalle suelto, y solo recobro la calma cuando he garrapateado un mapa o una nota ilegible. Supongo que lo que tengo que hacer es tranquilizarme y contar esta historia poco a poco para esclarecer por qué el devenir de las islas importa.

Para empezar, no hay mejor lugar que el mar del Sur de China. Al norte y al oeste, sus cálidas aguas bañan las costas de China y Vietnam; al sur y al este se extienden Malasia y Filipinas. Es una de las principales rutas comerciales del mundo, con un valor estimado en 3,5 billones de dólares anuales, y es también uno de los puntos calientes de la geopolítica contemporánea. Allí están las islas Spratly, en su día una colección de prístinos y virginales arrecifes e islotes desperdigados por sus aguas, hoy desfiguradas hasta ser irreconocibles, cuidadosamente cuadradas con ayuda de tiralíneas y toneladas de hormigón: una docena de ellas rebosan armamento militar y se han convertido en audaces puestos de avanzada de una nueva guerra fría. China ha empezado a concatenar la mayoría de estas islas Frankenstein y está haciéndose con el control del mar entero.

Las imágenes obtenidas desde aviones y satélites muestran largas tuberías negras que serpentean por el agua conectando los arrecifes entre sí. Las tuberías desembocan en barcos que están dragando los fondos marinos (arena, coral, crustáceos..., todo) para obtener materiales de construcción. Esa amalgama marina se vierte luego sobre las islas. A partir de ahí, hormigoneras, pistas de aterrizaje, puertos navales y silos de misiles. Una de las víctimas más recientes ha sido el arrecife Johnson del Sur, que ha caído en las garras de un depredador que primero lo insembrará, de forma que gane en superficie, para luego cuadrar sus líneas y convertirlo en una presencia hostil y ajena a la belleza del mar azul.

La tragedia de las Spratly ocupa desde hace años los titulares de los medios en Asia Oriental. En las próximas décadas, otras islas chinas, más extensas y pacíficas, concitarán la atención del

mundo. A pocos minutos de varias ciudades costeras empiezan a asomar nuevas islas consagradas al ocio y el entretenimiento, centros de consumismo hipervitaminado análogos a las islas de ingeniosos contornos de los Estados del Golfo. Su creación, sin embargo, se ha producido a costa de saquear el lecho marino y plantar en el agua hilera tras hilera de hoteles climatizados de líneas improbables: esos destinos turísticos y de compras tan aparentemente inocuos pueden ser tan nocivos para el medio ambiente como sus contrapartes militares.

Nuestra capacidad para reconfigurar el planeta se deja sentir especialmente en las nuevas islas. Cada una de ellas es un mismo grito: «¡Mirad lo que podemos hacer!». Pero la edad de las islas tiene otra vertiente. Nuevas islas asoman al tiempo que las viejas desaparecen bajo las olas. El fantasma de la desaparición ronda hoy a muchas naciones a ras de mar. Miles de islas de todo el mundo asoman apenas centímetros por encima del mar que las rodea, y la mayoría menguan con cada año que pasa, con cada mes. La lista de desaparecidas es ya muy larga. El ritmo al que dragas e ingenieros construyen islas ha ido en aumento, pero la velocidad a la que las aguas engullen las islas naturales no le va a la zaga.

De camino a la capital de las Islas Salomón para asistir a una conferencia más sobre el cambio climático, el por entonces secretario general de las Naciones Unidas, Ban Ki-moon, atisbó desde la ventanilla del avión lo que a primera vista parecían unos pocos arrecifes submarinos y, cerca de ellos, un puñado de islotes. En realidad, era lo poco que quedaba de una isla de grandes dimensiones que había desaparecido casi por completo bajo las aguas: solo los riscos más altos asomaban todavía. Una docena de islas en este sector de las Salomón han corrido una suerte parecida. Hay en las islas de la actualidad algo furtivo, incierto: un aire de duda las envuelve. Sus historias son un reflejo de la alarmante era que nos ha tocado vivir.

Las islas cambian con rapidez, pero mantienen un atractivo primigenio. Adoro las islas. Me ofrecen la posibilidad de algo nuevo, de nuevas esperanzas. Puede sonar raro, si lo aplicamos a la informe masa blancuzca del arrecife Johnson del Sur o al vestigio de lo que fueron las Salomón, pero la idea de la utopía pervive incluso en las islas más inhóspitas. De hecho, la primera imagen de una «utopía» fue una isla. Tomás Moro insistía mucho en su *Utopía* (el libro de viajes fantásticos de donde procede el término) en que esa Utopía debía ser una isla. Muy revelador. Moro cuenta que el fundador de ese reino, único en su perfección, el rey Utopo, «hizo de él una isla». En sus orígenes formaba parte de la masa continental, pero Utopo «ordenó que se excavase un canal» a fin de «forzar que el mar lo rodeara». Solo así podía ver la luz un lugar completamente nuevo e impecable. La utopía es un espacio aparte, una joya en el mar, un territorio entrevisto a lo lejos hacia el que todos anhelamos poner proa.

Moro describe la isla como «no disimilar a una media luna: entre sus cuernos, el mar se extiende once millas y penetra en una gran bahía, delimitada por tierras que se extienden unas quinientas millas». Resulta fácil imaginarse a uno mismo entrando a vela en tan generosa ensenada. Uno de los aspectos más seductores de las islas es que podemos visualizarlas enteras en la imaginación y así concebirlas perfectas: completas y completadas.

Quienquiera que viaje a islas nuevas lo hace con una sensación de esperanza. Y no una esperanza timorata y asustadiza, sino una esperanza escandalosa, confiada, bulliciosa, turbulenta. Es la esperanza que vemos en los pólderes holandeses en cambio constante, en las descabelladas islas del ocio de los Estados del Golfo y de China. Pese a que la mayoría de las islas nuevas son un desastre en términos medioambientales, mantienen esa capacidad perversa de impedir que perdamos la

esperanza en ellas. De ahí que sea casi inevitable que dedique la última sección de este libro a las islas *futuras*, lugares de los que tendremos noticia en los próximos decenios.

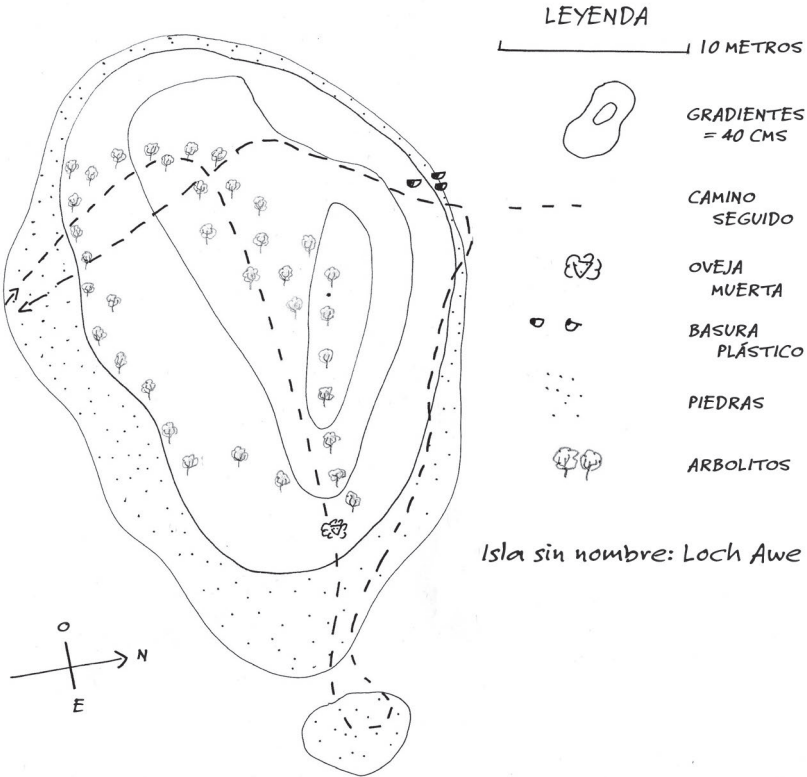
Otro recuerdo empieza a aflorar. El de mi primera isla «nueva». Pasé por ella hace un par de años. La recuerdo como la cara de un amigo de toda la vida. Necesito ese recuerdo, ahora que la lluvia y el viento azotan sin tregua el tejado. Más me vale no prestar excesiva atención a las palmeras, zarandeadas y retorcidas por el viento, ni al chasquido de sus ramas descoyuntadas. Buena parte de la población de Tonga pasará esta noche en endeble tiendas de lona donadas por agencias de ayuda al desarrollo tras los estragos provocados por el último ciclón, en muchos casos acampados en sus propios (y encharcados) jardines. Dispuesto a encontrar consuelo en mis recuerdos, me refugio en otro tiempo y otro lugar más felices.

Un suave golpe de remo hiende la calma sedosa del agua. Así deberían empezar todos los viajes a una isla. Con ese último empujón, la barquita verde de remos que he alquilado ese día encalla en un crestón submarino de gruesos guijarros. Chapoteo hasta tierra firme y empiezo a explorar, pertrechado con una cinta métrica amarilla que paso por entre las ramas de varios alisos y por encima de una oveja en proceso de putrefacción (¿cómo habrá llegado hasta aquí?). Mi islita sin nombre mide 19,5 metros de largo y 10 metros de ancho. Por encima de ella, los negros cables del tendido eléctrico se extienden de una orilla a otra del lago: oscuros arcos que se recortan contra el sol veraniego. Ese día no sopla el viento.

La islita es una de tantas en Loch Awe, un lago de agua dulce de 40 kilómetros de largo en el oeste de Escocia. No sabía yo por entonces que iba a ser el principio de algo. Mi cinta métrica amarilla, blandida con un aplomo pseudoprofesional,



no es más que un talismán protector con el que mantengo a raya la inanidad de mi escapadita. Pero cuando me acuclillo en la orilla occidental del islote, frente a un remolino de plásticos, verdadero coágulo de envoltorios de comida y sedales, me hago una serie de preguntas que me descolocan: ¿a qué he venido hasta aquí? ¿Por qué me atraen tanto las islas? Mirando todavía el montón de plásticos, no tardan en llegar otras preguntas: ¿qué está pasando con las islas? ¿Por qué se están construyendo tantas en la actualidad y por qué estamos desfigurando tantísimas otras?



Tanto interrogante parece fuera de lugar en un espacio tan anodino y sereno. Pero mi isla encierra un secreto: fue construida por alguien. Lo mismo sucede con casi todas las islas que veo desde su orilla. Las dos docenas escasas que pueden verse en Loch Awe fueron creadas por el hombre entre 2.600 y 600 años atrás. La gente de entonces, cuyos horizontes eran las altas colinas de la zona, utilizaba los ríos y lagos como rutas de transporte. Casi toda su actividad pasaba por el agua, y la construcción de islas les permitía vivir directamente en el meollo económico y político de su sociedad. Primero se clavaban troncos en los bajíos y sobre ellos iban apilándose piedras. A continuación se construían caserones comunitarios redondos sobre la isla, junto a pequeños cercados para cabras y cerdos. Estas antiquísimas islas artificiales reciben el nombre de *crannogs*. En unas pocas se han llevado a cabo excavaciones arqueológicas. Escocia cuenta con unos 350 ejemplares, Irlanda con varias veces esa cifra, y hay constancia de isletas lacustres similares en decenas de otros países. Son espacios muy curiosos, desconcertantes pero a la vez inmediatamente comprensibles. Los humanos sentimos una curiosidad insaciable por las islas, y un deseo innato por crearlas y darles forma.

Tras mi excursión por Loch Awe regresé a mi hogar en Newcastle, la ciudad del norte de Inglaterra en la que llevo viviendo treinta años, e intenté poner algo de orden en las ideas que me habían venido a la cabeza.

Empecé a garabatear el contorno de todo tipo de islas, como hacía cuando era niño: unas rechonchas y con mucho relieve, otras con bahías elegantes y sinuosas; algunas con pueblos, otras con montañas; y unas cuantas con cuevas y tesoros. También empecé una lista de las islas más recientes del planeta y de las que más rápidamente están cambiando de forma, tanto natural como artificialmente. La lista la saqué de mis conversaciones en el trabajo, en el Departamento de Geografía de la

Universidad de Newcastle (donde me enteré, por ejemplo, de que el territorio principal de Svalbard, en el Ártico más septentrional, había resultado ser dos islas, algo que había quedado al descubierto al derretirse la capa de hielo que las cubría), y de artículos de prensa (las fotografías más recientes de las hinchadas y militarizadas Spratly, en el mar del Sur de China, y el torvo nuevo volcán que empieza a asomar al norte de Tonga). También tiré de la información proporcionada por los lectores de mis libros sobre lugares «fuera del mapa». ¿Me había llegado lo de las nuevas islas artificiales en Corea? ¿Había oído hablar de las «islas de basura», o de esas otras islas envenenadas, explosivas, paulatinamente inhabitables o abarrotadas de cangrejos gigantes?

Hay tantas islas... No sé si fue de mucha ayuda el ejemplar que leí de *Island Studies Reader*, gracias al cual supe que hay en nuestro planeta unos 680 millones de islas. Esa cifra, al parecer, abarca 8.800.000 islotes y 672 millones de rocas. Habría que saber quién las ha contado: suena un poco a cálculo aproximado. Para entonces ya empezaba a sentirme abrumado, superado por la infinitud fractal de las islas y la rapidez con la que cambian.

Al final, para despejar la cabeza, dejé de pasarme las tardes curioseando en Google Earth (que a menudo tiene un desfase de años en lo que a islas nuevas y desaparecidas se refiere) y el correo electrónico (ping: «He visto esto en la app de noticias de la BBC y creo que deberías verlo: “La isla que cambia de país cada seis meses”»). Quería ideas que me centrasen. Una y otra vez volví a una en concreto, una que ha demostrado su perdurabilidad y por la que aún hoy me guío: específicamente, la naturaleza contradictoria de las islas modernas, que son a un tiempo aterradoras e irresistibles y en las que podemos sentirnos seguros, pero también vulnerables. A continuación recojo algunas de las notas más inteligibles que tomé recién vuelto de Loch Awe.

Islas = crisis: el drama de tantas cuestiones (cambio climático, pérdida y extinción de especies, sobrepoblación, nacionalismo y contaminación) se manifiesta con especial intensidad en las islas. La desaparición de una isla provoca auténtico dolor, una sensación de pérdida muy real que otros casos más normales de inundaciones no concitan. Cuando una isla se esfuma es como si un algo completo, una nación entera, hubiese sido erradicada.

Las islas son a menudo chiquitas pero matonas. Conquistarlas, o crear alguna nueva, es toda una hazaña.

Los países se pirran por tener islas, en parte porque les permiten arrogarse 200 millas náuticas de territorio, medidas desde la costa de cada una de ellas. Las islas suponen una proyección radical hacia el exterior del poder nacional. Si uno anda buscando espacios intensamente ocupados por armamento militar o que hayan sido bombardeados a muerte, nada mejor que una isla.

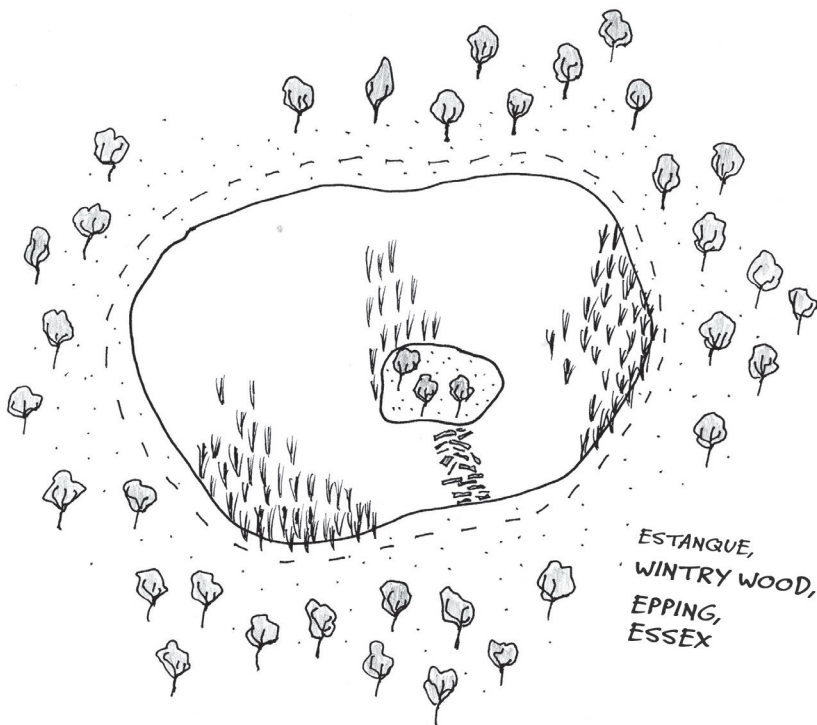
Islas = libertad y miedo. Parecen hechas ex profeso para experimentos, para empezar de cero. Puede que ahí esté parte del cosquilleo que nos entra cuando el bote topa con la orilla: la posibilidad de haber llegado a un mundo nuevo en el que por fin se pueden enderezar las cosas. El siglo XXI está cubriendo las islas de dinero e ideas. A los ricos les gustan porque ofrecen seguridad y estatus. Pero en una era como la nuestra, marcada por la subida del nivel de los mares y el empeoramiento de las tormentas, las islas son frágiles. Son los primeros espacios que abandonamos. El sueño se convierte en pesadilla y la isla en una prisión. A menudo usamos las islas como vertedero de lo que ya no queremos. Nos atraen, sí, pero con igual facilidad pueden convertirse en espacios para el horror.

Las ventanas han empezado a temblar y los enchufes de la pared han soltado un chispazo. «Ni de broma vas a volar esta semana»: mi capitán tongano ya me lo había advertido. Mientras el ciclón toma fuerza, yo me encojo y acurruco, intentan-

do hacerme lo más pequeño posible. Mis notas sobre las islas se me antojan en ese momento muy flojas. Puede que haya en ellas algo de verdad, pero no las siento suficientemente vulnerables. Nuestra relación con las islas va mucho más allá de meros titulares políticos o ecológicos o de paradojas más o menos ingeniosas. Pruebo suerte con otro recuerdo, uno que me obliga a retrotraerme mucho más en el tiempo.

Estoy con mi hermano y mi hermana en un bosque viejo (Wintry Wood se llama) en el extremo norte de Epping, la ciudad en la que nací y crecí, en los alrededores al este de Londres. Llevo puestas mis botas rojas de lluvia; no mucho más tarde perderé una de ellas, succionada por un cenagal. Ante nosotros (Paul, Helen y yo, el más peque) se extiende una laguna de aguas oscuras sobre las que flotan enjambres de moscas y en la laguna hay una isla. Tanto una como otra deben de ser muy antiguas, pero no parecen naturales: más bien excavadas por motivos ya olvidados hace mucho tiempo y que a nosotros poco nos importan. Toda nuestra atención se concentra en la isla, que es nuestro destino. Tendrá unos cien metros cuadrados de superficie, y la cubre una densa urdimbre de ramas de hayas y abedules que se extienden largas y finas como dedos hasta rozar el agua, como llamando a los niños a acercarse. Varias generaciones han aceptado esa invitación. Avanzamos ladeando por un banco concreto, sobre el que otros que pasaron antes por aquí extendieron un desigual sendero hecho de ramitas y palitroques semihundidos en el barrizal. Casi con toda seguridad, al menos uno de nosotros acabará con una bota llena de agua y hojas hediondas y tendrá que batirse en húmeda retirada. Pero no es así, al menos no en este recuerdo. Se me escapa una sonrisa: lo hemos conseguido, cruzando de la mano por los trechos más peliagudos.

Ahora bien: una vez en la isla, ¿qué hacemos? Ahí mi feliz recuerdo tiene lagunas. Los tres triunfadores deambulamos orgullosos pero sin rumbo por la isla. Nos ha hecho felices, pero



también nos empuja a seguir nuestro camino; no tardamos en volver chapoteando a tierra firme, seguros de nuestro logro y con una historia que contar.

Viajar a una isla es algo que se te queda amarrado dentro, por motivos que no es fácil explicar. Creo que decidí que quería ser geógrafo tras leer un libro (*Topofilia*, del profesor Yi-Fu Tuan) en el que se reconocía lo insondable de ese misterio. Tuan se preguntaba por qué «ciertos entornos naturales han desempeñado un papel preponderante en los sueños de la humanidad sobre un mundo ideal». Y procedía a enumerarlos: «El bosque, la orilla del mar, el valle y la isla». La lista destacaba las ventajas naturales de esos parajes y aludía también a la obra de otro pensador interesado en el atractivo que deter-

minados paisajes despiertan en nosotros: Jay Appleton, poeta y geógrafo fallecido en 2015 que le dio vueltas y más vueltas a la cuestión de por qué a la gente le resultan tan atractivas las cimas altas y las islas. Según Appleton, intentamos concretar los sentimientos que asociamos con el paisaje un poco a tuestas con palabras como «felicidad» y «pena», pese a que sabemos que no son las adecuadas. Lo que hacemos, dice, es «utilizar terminología de segunda mano para describir una relación que no acabamos de comprender del todo». Appleton opinaba que es una relación que excede el lenguaje, porque se basa en instintos atávicos de miedo y seguridad. Suya es la «teoría de la perspectiva y el refugio», concebida para llevar algo de orden a este terreno incierto. Para Appleton, los humanos «tienen una que-rencia innata por aquellos lugares desde los cuales, al sentirse seguros, pueden evaluar posibles amenazas».

Lo que dice no deja de tener sentido, y la fascinación que ejercen las islas, y en particular las más pequeñas, las que podemos observar enteras, puede explicarse en parte con la teoría de la perspectiva y el refugio de Appleton. Otra explicación de ese embrujo, menos científica quizás, puede encontrarse en el relato *El hombre que amaba las islas*, de T. E. Lawrence. Tomando su inspiración de la verídica historia del novelista Compton Mackenzie, que en la década de 1920 fue arrendando como único habitante una serie de islas, cada una de menor tamaño que la anterior (primero Herm y luego Jetou —una y otra islas del Canal de la Mancha— y posteriormente las islas Shiant, en las Hébridas Occidentales), Lawrence escribió que «una isla es un nido que alberga un huevo, solo uno. Y ese huevo es el propio isleño».

Durante una larga noche en la que nadie duerme, y a lo largo de la mañana siguiente, el ciclón Keni se abatió sobre Tonga.

Como uno más, me asomo a la puerta cuando pienso que no hay peligro. Las ventanas de casi todos los edificios están tapadas con tablones, con lo que no hay muchos cristales rotos por la calle. Me subo al coche de alquiler y no mucho después empiezo a ver escuelas y edificios públicos anegados, y a chiquillos chapoteando y jugando en las cálidas aguas de los lagos que los rodean. En parte de la línea costera norte se han apilado grandes rocas blancas a modo de protección, pero el agua ha caído en esta ocasión directamente del cielo y ahora lo cubre todo con un manto reluciente. La humedad es tan intensa que cada poco tengo que enjuagar los regueritos de agua que me caen por las gafas. Pasados treinta minutos, llego hasta el punto más occidental de la isla. Un cartelón me informa de que fue allí donde, en 1643, el holandés Abel Tasman «descubrió» Tonga. Esta tarde, el espacio ha sido colonizado por un risueño y amistoso grupo de chavales gays y transgénero. Bailan en torno a un minúsculo altavoz, disfrutando del hecho de que el sol vuelve a asomar un poco. Lo primero que me preguntan es lo mismo que todos los ciudadanos de Tonga quieren saber de los extranjeros, siempre en voz baja y con una sonrisa entre tímida e insegura: «¿Qué le parece Tonga?». Les veo prepararse para el chasco, anticipando ya una respuesta adusta. Cada vez que me hacen esa pregunta me quedo sin saber qué decir. No puedo decirles la verdad, porque no me creerían. Y la verdad es que me parece un lugar hermosísimo, incomparable, y que el hecho de estar en él es un privilegio enorme. A todos nos da la risa, yo farfullo algo sobre el clima y supongo que se quedan con la idea de que mi opinión sobre Tonga puede resumirse en una frase: «Mucha humedad».

Semanas, años más tarde pienso que ojalá pudiera regresar para responder lo que de verdad quería decir. Lo menos que puedo hacer es dedicarles este libro, a ellos y a todos los que amáis las islas.